

le escribió José: «He sabido que han comido carne en esa casa »el miércoles fiesta de S. Juan, y era día de ayuno por nuestra »Regla: es una gran falta que debe imputarse al Superior, y él »debe cumplir la penitencia. Por consiguiente, todos los miércoles del mes de enero estará en el comedor con un cordel al cuello, hasta el fin de la comida después de dar gracias.» El Superior cumplió humildemente la penitencia, lo que prueba el gran fervor de aquellos Religiosos en su sumisión á la Obediencia.

Hemos visto que en 1614 había dado Paulo V á las Escuelas á perpetuidad la Iglesia de San Pantaleón, pero la cura de almas de aquella parroquia, y las funciones curiales pertenecían aún al Capítulo de San Eustaquio, que era sustituido por un Ecónomo ó Vicario que vivía en una casa contigua á la Iglesia. El servicio de la Parroquia, los bautizos, los matrimonios, los entierros, los oficios ordinarios y extraordinarios distraían mucho á las Escuelas Pías obligadas casi constantemente á tener los actos de piedad en el oratorio próximo á la habitación de San José, que era un salón cuadrado grande, pero insuficiente para tanto alumno. Gregorio XV trasladó la cura de almas á la misma parroquia de San Eustaquio, por Bula de 23 de febrero de 1623, con lo cual prestó grandísimo servicio á las Escuelas Pías. Hace 250 años que los Religiosos de S. José tienen esta Iglesia sin que los hayan molestado los Piamonteses que les robaron el Colegio.

Reducido voluntariamente nuestro Santo á la indigencia más extrema, estaba excesivamente pobre su Instituto, faltando con frecuencia en la casa lo imprescindible necesario. No por eso dejó de dar grandes limosnas, primero á sus alumnos, después á los mendigos, á los enfermos, á los encarcelados, y sobre todo, á los pobres vergonzantes, á quienes daba de comer y vestía según su condición: pagaba también los derechos de expedición de Bulas para los Beneficios de Clérigos pobres. A pesar de su edad y de su dignidad, con la alforja al hombro recorría con frecuencia las calles pidiendo de puerta en puerta para atender á sus limosnas, aun cuando se encontraba en la mayor miseria su misma casa. El 20 de diciembre de 1622 escribía: «Pasamos en San Pantaleón tanta penuria que casi nos »asustamos para el porvenir: carecemos de todo.» Y el 4 de febrero escribía también. «Solo Dios sabe la escasez en que nos »hallamos, sobre todo, si antes de poco no nos auxilia el Señor »enviándonos alguna limosna extraordinaria». Y en efecto, veremos en el curso de esta historia, que Dios nuestro Señor permitía que aquellos pobres Religiosos llegasen hasta el último límite de la escasez, pero socorriéndolos maravillosamente en el último momento. Principalmente veíase á la Providencia acudir en su socorro, cuando, no haciendo caso José de las reglas de la prudencia humana, daba hasta sus últimas provisiones. Ordenó un día al P. Bandoni que diese dos panes á un pobre; titubeaba el Padre, porque no había en casa más pan que aquél: Obedezca V., le dijo José. Apenas había desaparecido

el pobre, cuando un desconocido llevó cuatro escudos de pan. Hallábase otra vez José en la Sacristía, llegóse á él un caballero, padre de seis hijos, y le dijo en secreto que hacía día y medio que nadie tomaba un bocado en su casa. Ordenó José al Sacristán que le entregase todo el dinero que tuviera de las limosnas de misas; pero en la caja no había un céntimo: llamó al Refitolero, y le dijo: «¿Cuánto pan hay en casa?—No tenemos más »que cuatro panes.—Entréguelos á este hombre». Ante aquella orden replicó el Refitolero que había doce enfermos que iban á comer pronto, y por todo alimento no había más que aquellos panes. «Délos Vd. á este hombre sin decir más, que Dios atenderá »á las necesidades de los enfermos y de los sanos». Mas apenas salió aquel caballero, cuando llegó un sirviente del Cardenal Ferretti, llevando un bono de pan que debían tomar en una panadería determinada y en gran cantidad (veintiseis decenas, peso italiano). Numerosos son tales hechos en la historia de nuestro Santo, de los cuales todavía citaremos algunos.

El 4 de octubre de 1623 el H.^o Macario, Cocinero, había preparado para la comida de la Comunidad una especie de empanada, y á última hora llegaron muchos Padres de fuera. No sabía el pobre cocinero á qué Santo encomendarse, pues era de todo punto imposible hacer cuarenta porciones de semejante empanada, y no había tiempo ni modo de hacer otra. Desesperado, se presentó á San José que le dijo: «Si tuviera V. más »calma, sería hombre de oración. Vaya, y enmiéndese; encomiéndese al Señor y á San Francisco cuya fiesta celebramos »hoy: ellos vendrán en su ayuda». Obedeció el buen Hermano, fué á la Iglesia, oró con todo su corazón, y, volviendo á la cocina, puso la empanada en la mesa, y tomó el cuchillo para dividirla confiando en la palabra de su Superior: De repente ve que le quitan de la mano el cuchillo, y oye detrás de sí estas palabras: «Quítate, que no sabes.» Se vuelve, y ve un Franciscano que en un instante divide en cuarenta partes la empanada, exactamente lo necesario para cada uno. Aturdido el cocinero, siguió al Franciscano para conocerle, pero desapareció, y como ningún otro le había visto, todos se persuadieron de que había obrado San Francisco aquel prodigio para recompensar la fe de nuestro Santo.

El mismo día, 4 de octubre de 1623, ordenó Calasanz al P. Cassani que diera el hábito religioso á catorce postulantes de Cárcare, y que inmediatamente, acompañados de los Padres Spínola y Pizzardi, los enviase á Roma para comenzar el Noviciado, pero sin llevar provisión alguna, dejando todo cuidado á la Providencia de Dios. Eran diez y seis al todo. Una tarde, extenuados por el cansancio y el mal tiempo, llamaron á la puerta de una ruin posada, pidiendo alojamiento por amor de Dios. El mesonero los despidió por ser muchos. Se había echado encima la noche, y llovía á cántaros. No habían tomado nada todavía, y como en los alrededores no había casa alguna, re-

solvieron quedarse al raso hasta que por piedad se les permitiera refugiarse en la cuadra: y esperando, comenzaron las oraciones de Regla. De repente, con gran asombro suyo los saludó cortesmente un joven que no habían visto venir por ninguna parte, y, entrando en la posada, pidió una buena comida para todos aquellos Religiosos. El mesonero que no tuvo lugar para tanto pobre, lo tuvo sobrado para los mismos, cuando vio que podían pagar su escote; encendió una gran fogata, para que se secasen, les sirvió buena cena, y les preparó buenas camas. Iba y venía el joven atendiendo á todo, mientras los hermanos se quejaban de que se les sirviera tan bien. «Comed con gusto les dijo, que sólo Dios sabe la necesidad que tenéis». Al día siguiente quisieron darle las gracias, manifestándole todo su reconocimiento; mas el joven había desaparecido después de pagar el gasto, y el mesonero no lo conocía. Todos creyeron que sería algún ángel del Señor que les había enviado su bienaventurado Padre. Concíbese el efecto producido por aquellas maravillas con tanta frecuencia repetidas, y cómo extendiéndose la reputación del Instituto traía innumerables vocaciones. Los Noviciados estaban llenos, y había que pensar en fundar otros.

La gran preocupación de San José era el de Roma: no podía contener tanto Novicio como acudía de Roma y de Narní. Ya hemos visto que en 1620 había comprado una casa en la cuesta de San Onofre; pero los Religiosos del Beato Pedro de Pisa que tenían también necesidad de aquella casa, obtuvieron una orden del Papa para que se les cediese. Siempre amantísimo de la Obediencia José, no quiso que se revocase aquella orden, como lo hubiera conseguido fácilmente, y púsose en movimiento para buscar otra en lugar conveniente. El 28 de diciembre de 1623, compró en diez mil escudos el pequeño hospicio de los Ermitaños del Monte Senario, entre las cuatro fuentes y San Bernardo de las Termas, y por setecientos setenta y cinco escudos otra al lado de la calle: en fin, el 18 de mayo de 1624, compró el callejón que separaba las dos casas, y que le costó 300 escudos. El Noviciado del Monte Janículo, en la cuesta de San Onofre, fué instalado en el nuevo hospicio el 20 de febrero de 1624, y la capillita de la casa fué dedicada á San José. Calasanz que siempre estaba pobre, tuvo que tomar prestada la mayor parte de aquella cantidad, 12.000 escudos: en cuanto á las reparaciones se encargó de ellas casi por completo Mgr. Mazzuca, obispo de Albano y canónigo de San Pedro. Al abrir los cimientos, se encontró una urna de arcilla, perfectamente conservada en una cueva subterránea muy antigua. El P. Alacchi, Superior del Noviciado, creyó que habría allí algún tesoro, y avisó al P. General, para que tuviera el gusto de abrir la urna él mismo. Mas San José que tenía el don de ver lo oculto, y que sabía unir la gracia y el donaire al don de los milagros, se contentó con decir: «Mi tesoro está en el cielo, en cuan-

to al que han descubierto, podrá servirse de él el hermano Pedro; que lo abra él mismo». El hermano Pedro era un converso que pintaba admirablemente el mármol de imitación. Abrió la urna, y halló un verde gris que sirvió mucho para sus pinturas.

Aquella facultad de conocer los sucesos distantes, tenía ordinariamente objeto más serio. Con frecuencia iba al Noviciado para formar por sí mismo los Novicios, repitiendo muchas veces: «El bien de nuestra Religión depende de la buena formación del personal». El 23 de mayo de 1624, estando en su habitación del Noviciado, llamó de repente y gritando á un novicio que estaba afuera, mandándole que fuera sin tardanza á la celda del joven Clérigo Antonio Beruti. De solos diez y ocho años y muy piadoso el Novicio, hacía tiempo que estaba algo indispuesto: aquella misma mañana había estado en la habitación del General. ¡Cuál no fué el asombro del enviado, al hallarle gravemente enfermo, sin que nadie se diera cuenta. Acudió José, le hizo administrar los Sacramentos, y poco después murió el Novicio. Sin aquella revelación hubiera muerto sin auxilio alguno.

De todas partes se pedían á nuestro Santo nuevas fundaciones como escribía él mismo el 20 de agosto de 1624. «No bastaría una Religión más numerosa que la nuestra». Pero proveía el Señor enviándole numerosos reclutas. «Espero dos tandas para nuestro Noviciado de Roma, escribía el 16 de octubre, la primera de siete y la segunda de ocho ó diez de Savona». Embarcáronse, en efecto, en las galeras que hacían el servicio de Génova á Liorna para el Príncipe Leopoldo de Médicis. Llegados al puerto después de una travesía feliz, subieron por el canal hasta Pisa, y según costumbre, se dirigieron á la Catedral para orar. Quedó tan prendado de su fervor y modestia un Canónigo, que les ofreció hospitalidad y acompañarlos él mismo para visitar las Iglesias y hospicios de Pisa. En Florencia los mantuvo dos días á sus expensas un santo sacerdote dedicado á la enseñanza, el señor Fiammelli. Durante las vacaciones iba con frecuencia á Roma, y se había hecho muy amigo de Calasanz. Al salir de aquella casa un novicio alemán, llamado Ignacio Wincler, de carácter duro, impetuoso y de rudeza enteramente germánica, faltó á sus hermanos con sus maneras poco cultas. Al día siguiente quedaron todos asombrados al verle echado á sus pies y pedirles perdón derramando un torrente de lágrimas. Se le había aparecido en la noche el P. General, y le había reprendido severamente, amenazándole por lo mal que había tratado á sus hermanos, y para probarles la verdad de su visión, les describió los rasgos de aquel Santo Padre que no había visto todavía. Al llegar á Roma hallaron exacta la descripción. Dos novicios que estaban cansados, tomaron un caballo, y llegaron los primeros. Echados á los pies de su Superior, quisieron darle cuenta de las peripecias del viaje: «No hay necesidad, dijo José: las conozco, y si no cambia de conducta el

»Tudesco, le quitaremos el hábito religioso». Comprendieron que San José lo sabía todo por revelación de Dios.

Hemos visto que, elevado el Instituto de las Escuelas Pías á Orden Religioso, había decidido el Soberano Pontífice que sólo José y sus Asistentes hicieran la profesión solemne, no debiendo hacerla los demás sino después de dos años de Noviciado. Habían pasado los dos años, y quiso José recibir él mismo aquellos primeros Votos en las tres casas de Roma, Fascati y Narni. Mas con aquella gran prudencia que tenía y que era igual á su discernimiento de las almas, no quiso admitir á aquel gran acto á los que juzgó que no eran dignos. Y á tres de ellos, que más tarde entraron en otra orden, les dijo: «Vosotros no habéis sido hechos para nosotros; idos». Y respondiéndole ellos que era intachable su conducta exterior, y que deseaban conocer los motivos: «Examinad, les dijo, vuestra conciencia, y arrepentíos». Después ellos mismos contaron el hecho confesando que tenía razón el P. General. Por lo demás no abandonaba á los que despedía: les ofrecía su apoyo para que fuesen admitidos en otra Orden menos austera ó más conforme á su capacidad intelectual. Les procuraba ocupación en el mundo donde pudieran salvar su alma, ganándose la vida honradamente.

Pero no todos aceptaban sus ofrecimientos, y ocasión hubo en que encolerizados decidieron matarle para vengarse. Los que conocen las costumbres de los Italianos, y lo propensos que son á la *vendetta*, no se sorprenderán ante este hecho, y comprenderán mejor, cuán indignos eran de aquella hermosa vocación de las Escuelas Pías: (1) y como no ocultaban sus proyectos, hubo que retirar los cuchillos del comedor: tan temible era su venganza. Fué mayor entonces su rabia, y sus propósitos más amenazadores. Se prohibió expresamente la entrada en la cocina excepto á los designados para alguna ocupación, temerosos de que no se apoderasen de los cuchillos del cocinero. Sin embargo, con la mayor caridad sufría José á aquellos infames, tratándolos con bondad de verdadero padre. Partieron en fin, comprendiendo que no eran para aquel Instituto, pero uno de ellos, hermano Coadjutor, resolvió no irse sin haberle quitado la vida. Como se habían ocultado todos los instrumentos cortantes, esperóle en un corredor, armado de un enorme garrote, que pretendía descargar sobre su cabeza para matarle.

E iba á perpetrar su crimen, cuando alguien que pasaba por casualidad, tuvo tiempo para desviar el golpe. Con semblante benévolo miró San José al parricida, sorprendido en flagrante, y hasta quiso guardarle cerca de sí; pero indignados los Religiosos, le quitaron el hábito, y lo expulsaron violentamente de la casa. Poco después cayó enfermo aquel desgraciado: no lo

(1) Poco han cambiado después de tantos años las costumbres italianas; en Marsella hay unos 60000 piemonteses, y todos los domingos hay cuchilladas por los más fútiles pretextos, ordinariamente entre amigos que comen á la misma mesa.

abandonó José, lo visitaba con frecuencia enviándole el alimento de cada día. Tales ejemplos de mansedumbre no son raros en la vida de Fundadores de Ordenes Religiosas, tan aborrecidos del demonio. San Benito fué envenenado por los Religiosos de Vicovaro, y San Romualdo fué apaleado por sus discípulos del Monasterio de San Miguel, y se libró de la muerte huyendo. «Vendrá un día, dijo nuestro Señor á sus Apóstoles, en que pensará que presta un gran servicio á Dios el que os quite la vida. (1)

En 1624 anunció Urbano VIII el jubileo del Año Santo que se abría la víspera de Navidad para el año 1625. José entró en las intenciones del Soberano Pontífice, atendiendo con toda solicitud á los peregrinos que en número incalculable llegaron aquel año á Roma. Era miembro de la Cofradía de la Santísima Trinidad, erigida especialmente en favor de los peregrinos, como ya dijimos. Formaban parte de ella casi todos los Cardenales y los personajes más principales de Roma, atendiendo con todo cuidado á los peregrinos, lavándoles los pies, sirviéndoles á la mesa, haciéndoles las camas; pero no bastaban para semejante muchedumbre que se renovaba diariamente. José nombró algunos Padres para ayudarles, quedando los otros en gran número en los confesonarios de San Pantaleón y de las otras Iglesias para facilitar la devoción de los peregrinos, instruyéndolos, y preparándolos para la confesión general. Quería que todos sus padres fuesen á Roma en el Año Santo, recomendando solamente que lo hiciesen por turno para no abandonar y entorpecer las clases, y por esto llamó á los dieciocho Novicios de Génova y de Savona de que hemos hablado. Con sorpresa se notaba que concedía el permiso á unos, mientras lo negaba á otros. El P. Pedro Cassani, Superior de Cárcare, el P. Pedro Ottonelli, Superior de Savona, y el P. Castelli, Superior de Génova, le escribieron á la vez desde esta ciudad. Contestóles Calasanz: «Vengan á ganar el jubileo los Padres Cassani y Ottonelli; en cuanto al P. Castelli tendrá tiempo de ganar otro.» En efecto, aunque los tres eran casi de la misma edad, el P. Ottonelli murió dos años después en 1626, y el P. Cassani en 1647, mientras que el P. Castelli vió el jubileo de 1650, y vivió todavía algunos años. En el capítulo de los milagros de San José de Calasanz hablaremos de un P. Cittadini que estaba para morir, y á quien hizo vivir hasta que el cañón de Sant-Angelo anunció la apertura del jubileo, para que pudiera ganarlo antes de comparecer ante el Señor.

Como amenazaba la peste en Roma, reemplazó Urbano VIII la visita de la Basilica Mayor de San Pablo extramuros por la de Santa María al otro lado del Tiber. José hallaba tiempo para visitar todos los días las cuatro Basílicas designadas. Enseñaba

(1) Venit hora ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se præstare Deo. (San Juan, XVI. 2).

diariamente el catecismo á los infieles y herejes que acudían á Roma, llevados de la curiosidad, y también á gran multitud de pobres á quienes negaban la absolución los sacerdotes, porque no conocían las verdades esenciales de la fe. Lloraban aquellos desgraciados, porque habían emprendido un viaje tan largo, y no podían ganar el jubileo y se prestaban fácilmente á ser instruídos. Ayudado por los suyos, se hacia José el padre de todos, atendiendo á sus almas con sus instrucciones, y á sus cuerpos con abundantes limosnas. No faltaban abusos en tanta aglomeración de gentes, gustando más nuestro Santo de corregirlos que de reprimirlos. Una cuadrilla de bribones que pedía limosna en el barrio, se reunía después para jugar en la plaza de San Pantaleón, delante de la puerta de la Iglesia, turbando á los fieles con palabras obscenas y horrorosas blasfemias. Se quiso hacer que los prendiese la policía; pero nuestro Santo quiso ganarlos con la mansedumbre: los invitó á entrar en la habitación del portero, prometiéndoles, no dinero, que se lo hubieran jugado inmediatamente, sino un pan de un bayoco—un panecillo de cinco céntimos—cuantas veces asistieran al catecismo. No duró aquello mucho tiempo; desaparecieron todos en pocos días quedando libre de escándalos la plaza.

Mas no porque fueran tantas sus ocupaciones, desatendía ni por un momento las Escuelas; estaban florecientes como nunca; y antes que los trabajos tanto ordinarios, como extraordinarios, quería que todos sus niños hicieran los ejercicios del jubileo para que todos juntos, y cada uno en particular lo ganasen de la mejor manera posible. Admirados contemplaban los extranjeros á aquellos niños que, dos veces al día, modestos y recogidos pasaban por las calles de Roma acompañados de sus maestros. Jamás habían visto cosa parecida. Los romanos ya estaban acostumbrados, pero los peregrinos extranjeros no se cansaban de verlos. Concíbese el efecto producido por aquellas líneas interminables de mil cuatrocientos niños, pues habían llegado ya á este número, volviendo á sus casas, haciendo las visitas del jubileo en los extremos de la ciudad. De entre aquellos extranjeros, nos han conservado los historiadores el nombre de uno, Mgr. Juan Bautista Gramay, pro-Patriarca de Jerusalén, Arzobispo de Upsala, Consejero y Limosnero del Emperador, y primer Prelado de la Orden de la Milicia de Cristo que tenía por gran Maestro al Conde Althán. Entusiasmado aquel Obispo ante el fervor de los Religiosos de las Escuelas Pías, y la buena disciplina de sus estudiantes, quiso agregarlos á su Orden, para hacerlos participantes de sus méritos, lo cual hizo en el Capítulo General de la Milicia Cristiana; y el 19 de julio de 1625, en la misma habitación del P. General se escribió y selló el Acta de agregación. (1) Consérvase aquella pieza tan honrosa en los

(1) En 1617 quisieron fundar esta Orden tres hermanos, caballeros italianos, llamados Petrignans, pero no consiguieron su objeto. Sus reglas sir-

Archivos de la Casa de San Pantaleón: comienza así: «El Ilustrísimo Señor Miguel Adolfo, Conde de Althán, Consejero y Chambelán de su Sagrada Majestad el Emperador, los Príncipes, Prelados y Caballeros de la Milicia Cristiana de la Inmaculada Concepción de la Virgen María y de la Comunión Germanica, deseando secundar el celo de su Majestad Imperial, y no omitir medio alguno que pueda servir al aumento de la Religión y de la piedad, y á su propagación en el Imperio y en las Provincias hereditarias de la Augusta Casa de Austria, tienen especial aprecio por los Rvdos. Padres y Hermanos de la Orden de los Clérigos Regulares designada ordinariamente con el nombre de Escuelas Pías, por la pureza y edificación de su vida, piedad, erudición y otras virtudes, y por el fruto inmenso que se obtiene por ellos en la Iglesia de Dios. Han decretado también propagar esta Orden en el Imperio, y procurarle cuanto antes casa, tanto en Viena como en Praga. Reciben por hermanos á los Clérigos Regulares, y los hacen participantes de todas las gracias y de todos los méritos de la milicia.» Veremos los inmensos frutos que produjo esta agregación, haciendo conocer las Escuelas Pías en Austria y en los países vecinos.

Cuando visitaba José el Noviciado, no consentía que se le diera comida diferente de la de los Novicios Clérigos ó Legos. Pero teniendo cuenta con sus enfermedades y con su avanzada edad trataban de engañar su vigilancia, sirviéndole un vino más generoso que el que bebía la Comunidad. Pronto lo observó nuestro Santo, y con habilidad cambiaba la botella con la de otro, ó no bebía más que agua en la comida, con gran desesperación de sus hijos que hubieran querido prodigarle los cuidados más exquisitos.

Durante el jubileo resolvió el Papa hacer visitar los lugares de devoción, las Iglesias y todas las Ordenes Religiosas de la ciudad. El 27 de octubre de 1625 envió á San Pantaleón á los Prelados designados para examinarlo todo, dándole después cuenta. Véase lo que el 31 del mismo mes escribía el P. General: «Después de la visita he visto á Mgr. Séneca. No sólo él,

vieron de modelo á la *Milicia Cristiana de la Inmaculada Concepción*, establecida el año siguiente por Carlos de Gonzaga de Cleves, el Duque de Nevers y Adolfo, Conde de Althán. La aprobó Urbano VIII en 1723. Había tres clases de caballeros, todos nobles por su padre ó por su madre, á lo menos hasta la cuarta generación: los Caballeros propiamente dichos, que debían tener siquiera doscientos escudos de oro de renta anual; los Prelados de alta categoría; y los Caballeros sirvientes que debían tener lo menos cien escudos de oro de renta anual. Llevaban al cuello una cruz de oro con la Imagen de la Inmaculada, y capa blanca con la misma cruz y la misma imagen bordadas con seda azul en el hombro izquierdo. Aquella Orden Militar, siempre á disposición del Papa para pelear contra los infieles, estuvo al principio muy floreciente, pero se extinguió pronto. Tenía de notable, que los Profesos hacían Voto de Castidad conyugal, pues podían casarse antes ó después de la Profesión. Hay un precedente que podrá imitarse el día en que se establezca una nueva Orden para la defensa de los Estados del Papa, como tantas veces se trató antes de entrar en Roma los piemonteses.

sino también todos los Prelados enviados por el Papa han quedado muy satisfechos de no haber encontrado división alguna entre nosotros, y de ver que todos, por el contrario, nos hallamos estrechamente unidos, aunque no se nos había anunciado la visita. Han quedado bien persuadidos de que tenemos todos gran deseo de servir á Dios, y de que en nuestra Religión no hay que reformar nada. Y para terminar, me ha dicho Mgr. Séneca que no podía ir mejor el Instituto». ¡Ah! aquella unión debía durar muy poco.

Hemos hablado muchas veces de Mgr. Sextilio Mazzuca, Obispo de Albano, y Canónigo de San Pedro. Era gran Bienhechor de las Escuelas Pías; había fundado el Colegio del Borgo, y quiso hacer á sus expensas los reparos del nuevo Noviciado de Monte-Caballo, cerca de las Cuatro Fuentes. Murió en olor de santidad el 18 de diciembre del Año Santo, dejando dos mil escudos, diez mil pesetas, al Colegio del Borgo, y ocho mil, cuarenta mil pesetas, al Noviciado. Cuatro días después, el 22 de diciembre, murió Santi Orlandi, Secretario del Cardenal Lanti, dejando á la Cofradía de las Llagas la mitad de su fortuna, y la otra mitad á las Escuelas Pías de San Pantaleón. Elevábase á diez mil escudos aquella mitad, con lo cual pudo pagarse enteramente la deuda contraída al comprar aquella casa. De esta manera bendecía Dios hasta con los bienes temporales el desinterés de nuestro Santo.

Y no eran menores las gracias espirituales concedidas por la bondad divina. Escribía San José á Mesina al P. Alacchi, y le hablaba de la importantísima Visita Apostólica, importantísima en verdad, porque nos recuerda el fervor de la Escuela Pía después de su aprobación definitiva, y durante el hábil Generalato de Calasanz. «Han venido á nuestra casa, y lo han examinado todo con el mayor cuidado los Prelados que hacen la Visita de Roma. Después de preguntarnos á cada uno en particular, han quedado tan satisfechos, que me ha dicho uno de los Visitadores: ¡Felices vosotros, si tenéis el don de la perseverancia! He conversado con Mgr. Séneca, secretario en otro tiempo de San Carlos Borromeo, y el más inteligente de todos. Me ha dicho que consideraba nuestro Instituto como uno de los más útiles á la República cristiana. Me ha añadido que una de las principales causas de relajación sería aceptar demasiadas fundaciones, porque nos veríamos obligados á emplear profesores no bien formados. Dirá, pues, V. R. á esos señores que nos piden para Sicilia, que no podemos ni soñar en eso, hasta que no pasen muchos meses. Entre tanto, prometo que con mucho gusto fundaré una casa en Mesina que es puerto tan frecuentado. Además, antes de la primavera llamará el emperador al Cardenal Clessel que tanto nos estima, y querrá llevar consigo algunos Religiosos de nuestra Orden».

Esta carta es una profecía. Las Escuelas Pías, con todo su fervor primitivo, sólo podían desear una cosa, la perseverancia;

para ello era necesario evitar una expansión muy rápida. San José lo comprendía admirablemente, y con todas sus fuerzas resistía á todas las presiones; pero las instancias de los más grandes príncipes por un lado, y la intervención de sus superiores y del Soberano Pontífice, por otro, lo arrastraban á pesar suyo. De ahí las irreparables desgracias que nos veremos precisados á enumerar.

Había de hacerse, en efecto, aquella fundación de Mesina, pero, ¡con cuántas contradicciones! El P. Alacchi y sus compañeros habían sido muy bien recibidos en Nápoles por el Virrey D. Carlos Tapia, Marqués de Belmonte que, muy edificado del género de vida de aquellos religiosos, y persuadido de la urgente necesidad de semejante Instituto para la educación de la juventud, trabajó pronto para dejarlos en la ciudad de Nápoles, á lo que accedió el P. General. Pero antes de establecerse definitivamente en aquella ciudad se dirigieron á Mesina, á platicar con el Magistrado, para estudiar la posibilidad de aquel Establecimiento. Había en Sicilia un famoso Olderico Valmerana, antiguo Jesuita expulsado de la Compañía: era hombre muy hábil y algo célebre como poeta. Echado de la Compañía de Jesús, se había presentado en las Escuelas Pías. Pero el P. General, que sabía muy bien que una Orden que se respeta no puede recibir la escoria de otras Comunidades, no quiso recibirle. Desgraciadamente Valmerana era muy intrigante, comprometió al Cardenal Giustiniani, Protector de las Escuelas Pías y á quien nada podía negar José, y aquél indigno religioso fué admitido, á pesar de todas las repugnancias, nombrándole el Superior, Profesor de Filosofía en el Colegio de Magliano. Cuando fué elevado el Instituto á la categoría de Religión, José, que por otra parte conocía todo el valor de aquel triste sujeto, no quiso admitirle á la profesión, y lo despidió con los otros de que ya hemos hablado. No sabemos si fué de los que quisieron asesinarle; es cierto que resolvió vengarse con el arma de la calumnia. Hallándose en Mesina á principios de 1624, y siendo testigo de las instancias del senado y del pueblo para conseguir la fundación de las Escuelas Pías, propagó por todas partes el rumor de que José era un aventurero español, en algún tiempo Hermano Jesuita echado de la Compañía, y que con habilidad y astucia había engañado y reunido á algunos pobres clérigos para formar con ellos el nuevo Instituto, obra del demonio, puesto que era la obra del vicio. Como siempre, hicieron gran impresión en algunos aquellas calumnias, no teniendo confianza para poner en manos de tales hombres la educación de la juventud. Comenzó José por rogar con todo fervor por su enemigo, que era su método habitual, para que le perdonase el Señor, y lo llenase de sus gracias. Después contestó al P. Alacchi: «En cuanto á lo que se dice que he sido Jesuita ó Religioso de otra Sociedad, no puedo decir sino que es enteramente falso. Hace más de treinta y cinco años que llegué á Roma, siendo sacerdote secular, y siempre vestí el tra-

»je talar de simple sacerdote hasta que Paulo V de gloriosa memoria nos dió, en 1617, el hábito que usamos. Es verdad por »desgracia, que di el hábito de nuestra Orden á Valmerana que »fué antes Jesuita, y no lo hice sino á instancias y por orden de »nuestro Protector el Cardenal Giustiniani. No considerándolo »hecho para nuestro ministerio, lo despedí.»

En la misma época, 18 de febrero de 1626, experimentó José muy terrible prueba con la muerte de uno de los primeros y mejores compañeros, el P. Pablo Ottonelli, su asistente. Poco tiempo después, él mismo cayó gravemente enfermo.

A principios de marzo, salió á pedir limosna por las calles de Roma, con la alforja al hombro, como hacia con frecuencia, aunque era General, y volvió trayéndola muy llena: estaba lloviendo, y sudó mucho, calándose hasta los huesos. Quiso el portero quitarle la carga, mas no lo permitió el Santo, y la subió solo al lugar de costumbre. Se enjugó los pies, no llevaba más que sandalias, y se preparó para celebrar la santa Misa que acostumbraba decir muy tarde. Durante el santo sacrificio, se enfriaron el agua y el sudor, y terminándolo con mucho trabajo, se vió obligado á echarse en la cama con un violento dolor de cabeza: pronto se declaró la fiebre, y en la pierna izquierda, la misma que se rompió en otra ocasión, apareció una erisipela. Agravóse la enfermedad con rapidez, estaba constantemente aletargado, y se temía la congestión cerebral: los médicos ordenaron que lo tuvieran constantemente despierto, y esto le causaba vivos sufrimientos, soportados con la resignación más admirable. Comprendiendo él mismo el peligro, quiso recibir la santa comunión, rezó el *Confiteor*, pidió perdón á Dios de las que él llamaba ofensas innumerables y feas ingratitudes por no haberle servido con más fidelidad después de tantas gracias recibidas. Protestó que creía cuanto enseña y cree la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y que sentía grandemente no poder postrarse en tierra para recibir á su Dios con el mayor respeto. Confiando en la suprema bondad, aunque eran muy grandes sus pecados, esperaba conseguir el perdón y el paraíso. Perdonaba de todo corazón á cuantos le habían ofendido ó habían causado algún mal á su Orden, deseando que le perdonasen también á él. En fin, encomendaba á Dios la obra de las Escuelas Pías, la obra de la Santísima Virgen, su Madre, suplicándole que bendijera á sus Religiosos presentes ó ausentes, donde quiera que estuviesen, llevándolos á todos en su corazón como á hijos queridísimos. Rompieron en llanto sus Religiosos; ¡tan afectuosas y llenas de amor eran sus palabras! Después de comulgar, mandó que le dejasen solo algunas horas para conversar con su Dios. Cerraron la puerta, y no tardó mucho tiempo en aparecérsese la Santísima Virgen, con el rostro alegre y placentero para consolarle y aliviarle. Le aseguró que le había obtenido de su querido Hijo larga vida, para que fuera el sostén de una Orden que Ella protegería siempre. En efecto, desde

aquel momento José comenzó á mejorar. Su humildad le hizo ocultar esta gracia que apenas indica en carta del 1.º de abril, dirigida al P. García, Superior de Frascati: «Voy á encargarte seis candeleros para el altar de la Madona, porque por su intercesión ha querido Dios tener misericordia conmigo. Comienzo á levantarme, y espero estar cada día mejor». Pero inmediatamente después del suceso había sido más explícito, y después de su muerte lo atestiguaron sus hijos. Prometió consagrar á la Santísima Virgen la primera iglesia que levantara.

La convalecencia fué larga y dolorosa; comulgaba frecuentemente con la mayor reverencia, y postrado en tierra. Todos sus planes quedaron desbaratados con aquella enfermedad, pues tenía gran necesidad de ir á Nápoles donde era pedido con instancias su Instituto. El Virrey le ofrecía casa, Iglesia y huerto, y el Arzobispo mostrábase lleno de benevolencia. Pero continuaban sus dolores tan vivos como agudos. Sabemos por carta del 26 de mayo que iba con mucha lentitud la curación: apenas si podía oír misa en el oratorio próximo á su habitación. Como prudente Superior, aunque estaba seguro de su curación y de su larga vida, porque así se lo aseguró la Santísima Virgen, quiso dejar en buen orden el Gobierno de su Religión. Hizo ir á Roma desde Fanano al P. Graziani, para que fuese Vicario General inmediatamente después de su muerte. Viniendo la convalecencia contra toda esperanza, lo nombró Superior del Noviciado, en lugar del P. Cassani á quien mandó á Nápoles y á Mesina, mientras volvía á Roma el P. Alacchi para ser superior de San Pantaleón, durante su enfermedad. Casi sin fuerzas, se ocupaba más en los asuntos de su Orden y en los de toda la cristiandad, que en su propia salud, no cesando de rogar á Dios por el restablecimiento de la paz entre los Príncipes cristianos constantemente en guerra entonces en España, en Francia, en Saboya y Génova. Eran las grandes guerras entre Luis XIII y la casa de Austria cuyo debilitamiento buscaba la Francia. El 4 de abril de 1626, sufriendo mucho todavía, escribía lleno de gozo al P. García: Primero quiero dar á V. R. una buena noticia. Cuando salían ayer del Consistorio los Cardenales, dijeron, y el rumor se ha extendido pronto por Roma, que está ya hecha la paz, y que se han comunicado los artículos del tratado al Padre Santo: pronto sabremos á qué atenernos. Alabemos y demos siempre gracias al Señor Todopoderoso. ¡Ah! iba á ser bien corta aquella paz, debiéndose prolongar la guerra todavía veinticinco años, hasta el deplorable tratado de Westphalia, 1648.

No impidiéndole su indisposición viajar en coche, salió para Nápoles el 18 de octubre de 1626, habiéndole precedido algunos Religiosos á quienes acompañaba en su viaje por mar el P. Alacchi, viajando por tierra en su compañía algunos más. Después de cuatro días de marcha llegó José á Nápoles en la tarde del 22. Al día siguiente escribió al P. Glicerio: «Ya nos han »ofrecido tres locales igualmente buenos y convenientes para